

PROLOGO

No andamos muy descaminados si suponemos que más de una persona al contemplar la portada de los tomos del VI Coloquio de Historia Canario-Americana piense, de inmediato, en América, y que esta acción intelectual la haga creyendo que se encuentra ante una pieza del barroco virreinal. Pero esta singular portada no pertenece al patrimonio artístico del Nuevo Mundo, ni se alza en tierras peninsulares. Es canaria, de la isla de Fuerteventura. Es la Casa del Capellán, en La Oliva.

Ortega y Gasset en su día dio vida a un sugerente ensayo en torno a un marco. Si algo tan simple, y hasta si se nos permite nada exótico, como un marco de madera sin retrato o paisaje alguno, pudo inspirar a una mente privilegiada como la del pensador español, unas clarividentes y bellas consideraciones, ¿qué nos hubiera dicho sobre este bellissimo dintel y jambas majoreras?

Recuerda la portada de Fuerteventura las fachadas planas, cual tapiz de algunas iglesias del altiplano boliviano. Hay en sus motivos resabios indígenas sobre los que campea la cruz cristiana, un hermanamiento o simbiosis de lo que fue la nueva planta cultural americana nacida del mestizaje de lo aborigen con lo español. Esta sencilla arquitectura majorera se alza cerca de la Casa de Los Coronel —una mansión que reclama una Historia—, en un extraño lugar que nos hace pensar en cosas también extrañas. Por ejemplo, que la pieza fue arrancada de un lugar andino y traída a la isla por un enamorado indiano que deseaba seguir transitando bajo su dintel camino de la paz del santuario. Una afirmación o elucubración como ésta puede resultar herética a más de uno que no se explica cómo quien

*tiene el oficio de historiador se permite la libertad de fantasear. Cier-
to. Tan cierto, como que por muy historiador que se sea, nadie puede
erradicar de la mente humana la posibilidad de imaginar, de supo-
ner, de caer en la ficción. Y es lo que, también más de uno, está en
condiciones de hacer contemplando esta hermosa portada.*

*Las Islas Canarias fueron en el siglo XVI, en la concepción del
cronista López de Gómara, «camino para la Indias», como Sevilla
fue, para Lope de Vega, «puerto y puerta de América». Un camino
que bien pudiera abrirse con un arco-portada como ésta. En la mito-
logía y en los textos historiográficos de la Antigüedad se habla de co-
lumnas en el estrecho de Gibraltar. Un autor árabe, mucho antes que
Colón, alude a una serie de columnas, hasta siete, dispuestas a partir
de Cádiz y hacia el oeste. Son como un incitación, son como el amojo-
namiento de una ruta, tal como los padraos que los portugueses eleva-
ron en el litoral africano. En el mapa medieval de los hermanos Pizi-
gani no se ven columnas, sino una extraña figura alzada sobre un
conjunto de islas y señalando con una mano el rumbo del oeste: el
misterioso y temido rumbo, cuyas puertas estaban en Canarias, Ma-
dera, Azores y Cabo Verde. Sobre todo en Canarias y Cabo Verde por
circunstancias atmosféricas y marinas favorables a la navegación
transversal. Imitando a las columnas y a la inexplicable figura feme-
nina, cabe alzar una puerta o toda una arquería apilastrada con basa-
mento en cada una de las Islas Canarias. Porque el Archipiélago, al
igual que Sevilla, fue camino, puerto y puerta de América.*

*Bajo el dintel de esta portada cruzaron las naos colombinas, y
luego, toda la teoría de expediciones portadoras de hombres, elemen-
tos culturales, mercancías e ilusiones.*

*Las columnas de Hércules cayeron; la misteriosa mujer de los
Pizigani desapareció de la cartografía como tantos mitos y delirantes
geografías que plagaban la cartografía medieval. La portada Cana-
ria aparece y desaparece, igual que la isla de San Borondón, cada
vez que brota el arco iris en el Atlántico insular. Empero, continúa
enhiesta la portada de la isla del Rubicón. Un Rubicón que muchísi-
mos canarios cruzaron para lanzarse a la aventura americana, una
portada personificación de la que han traspasado quienes han pene-
trado en los Coloquios. Es decir, los historiadores, que, atendiendo a
la invitación de la Casa de Colón de Las Palmas, vienen a ella desde
1976, para avivar y animar unas reuniones ejemplares y modélicas.
Lo son por la atmósfera de amistad y cordialidad que siempre se ha
respirado en ellas. Quien vino una vez no ha dudado en repetir la fe-*



licidad de cruzar bajo el dintel de la Casa de los Coloquios. Lo son también —ejemplares y modélicas— por la calidad y número de trabajos expuestos, debatidos y publicados. La Historiografía Canaria ha visto acrecentado su caudal con doce volúmenes, preciosa herencia de estos Coloquios inspiradores de similares reuniones en otras latitudes.

Este año —1984— a punto de cumplirse los quinientos años de la llegada de Colón a Castilla y del nacimiento de Hernán Cortés (1485) y doscientos años después de la creación del Archivo General de Indias, nuestros Coloquios, cumplen, casi una década, ¿qué son diez años al lado del medio milenio de América? Nada. Nada y mucho si realizamos un balance de lo obtenido esclareciendo esa historia de las relaciones Canarias-América, que inició el marino ligur y que, en parte, se conserva en el citado repositorio. Nada y mucho. Mas no seremos nosotros, los encargados de explicar este mucho. Lo cierto es que el resultado no es para estar satisfechos, pero sí contentos. Alegres y más dispuestos que nunca a seguir trabajando porque la Casa de Colón, siga siendo una puerta de acceso, un lugar de encuentro para historiadores consagrados y noveles, extranjeros, nacionales e insulares que han sabido —estos últimos— patentizar una madurez y categoría sorprendentes.

En este VI Coloquio a las habituales sesiones sobre sociedad, economía, instituciones, arte, etc., se unió un aula especial dedicada a examinar las vinculaciones del Archipiélago con el Noroeste de África en los siglos XV-XIX. El tema había brotado ya en anteriores Coloquios, demostrando que exigía una sesión especial. El éxito logrado ha llevado al acertado acuerdo de individualizar esta Aula Canarias-Africa, con total independencia de los ya tradicionales Coloquios, que persistirán en sus indagaciones de las conexiones Canarias-América como una aportación de la Casa de Colón a la cada vez más cercana fecha de 1992. Tal como se patentizó en la última jornada del VI Coloquio, la constancia de una gratitud, cierran estos renglones de presentación. Desde nuestra responsabilidad damos las gracias a las instituciones patrocinadoras; hacemos llegar nuestra gratitud a los participantes; y mostramos también nuestro agradecimiento a decenas de personas que no figuran bajo ninguna etiqueta especial, o bajo ningún cargo o responsabilidad y que, sin embargo, son claves en la organización y desarrollo de los Coloquios de Historia Canario-Americana.

FRANCISCO MORALES PADRÓN